

# Adiós al dramaturgo y al amigo

Luis de Tavira

Desde hace tiempo, años ya, como tantos otros, temía verme aquí para vivir este momento. El momento de decir adiós a Víctor Hugo Rascón Banda, al amigo entrañable, al apasionado dramaturgo, al cómplice indispensable de la batalla teatral, al más generoso abogado de la causa de nuestra cultura.

Sabía que mi voz temblaría en el momento de hacerlo, y sobre todo en el momento de hacerlo en voz alta, aquí, en el escenario transfigurado en andén de los desgarramientos. Temblor con el que la palabra zozobra en el extrañamiento de una paradoja. Porque es precisamente en la inevitable evocación del gozoso arte de la conversación de Víctor Hugo Rascón que, aquí y ahora, la palabra se resiste ante el silencio. ¿Qué podría decirse con palabras que valgan más que el poderoso indecible que contiene este momento? Es la hora del silencio donde sólo queda la fe. Y sin embargo, es también el momento en que es posible acceder al reconocimiento de que no hay fe mayor, más radical, ni más comprometida que la fe en la palabra; hoy precisamente, aquí y ahora, ante la muerte de un artista de la palabra, ante el silencio de un escritor.

Es en el demorarme en el significado de esa alta *condición de dramaturgo* que fue afán y triunfo de la vida admirable de Víctor Hugo Rascón Banda, donde espero hallar el estímulo para acceder a la palabra.

Me gustaría poder hacerlo con palabras desnudas, tan espontáneas y desvalidas como lo es mi pena; tan hondas e inevitables como aquéllas con las que el dramaturgo supo dar voz al enigma de sus personajes. Pero

las más hoy, aquí, se detienen en el umbral de la escena, urgidas de reflexión para no extraviarse en su laberinto. La pasión no reflexiona, se desboca. Y esta vez la palabra no puede aventurarse porque ha de buscar en la ausencia y su congoja el sitio de la interlocución.

¿Con quién hablamos en semejante momento? Se trata más bien de traspasar el habla, allí donde nos faltan las palabras, precisamente porque ésa es la más sutil y valiosa lección del dramaturgo sobre el enigma de la vida: la escena, capaz de hacer volver las palabras al silencio de su morada; esa herida, esa comunidad dolorosa, ese consuelo, este duelo.

Semejante a la palabra del drama, la palabra ante la muerte nunca es deliberada: sobreviene. Esta aparición intempestiva exagera el silencio, irrumpe desde la oscuridad. Un personaje de Víctor Hugo lo dice así:

—*Guardar silencio es lo que sin saberlo queremos todos al recordar...*

¿Dónde se implanta ese silencio?

¿Cómo admite la memoria el velo de la calma, cuando la memoria restaura de improviso el pasado de aquello que se ausenta en la violencia de la muerte?

¿Es entonces la muerte la que incita el deseo contradictorio de memoria y olvido?

¿Será este deseo fecundado por la muerte el que habrá de empujarnos a volver al escenario donde la vida sucede en el siempre de su instante?

No sabría decir si hay un comienzo para el duelo, pero sí sé que su fin se acoge a la palabra. Víctor Hugo Rascón Banda nos lo enseñó durante los años de su ago-

nía, cuando aún pudo asirse a la vida por gracia de la escritura y fue capaz de transformar en drama la escena misma de su propia muerte.

Éste es el destino de la palabra: es el vestigio del otro en la memoria. Ese *otro en nosotros* que es menos rastro que espejo, mientras llega el momento de volver a mirarnos cara a cara.

Es preciso hablar en el silencio, ante el silencio del otro, en el seno de su ausencia, para iluminar el sintiempo de la muerte.

El silencio que somos es ya la mimesis de la muerte.

En esto reside la antigua novedad del drama: no hay acto de morir. No se muere para sí mismo. La muerte es siempre del otro y se ofrece como un don violento que nos deja sin más respuesta que la vida y sus consecuencias.

La muerte del dramaturgo celebra el triunfo de su vida como pasión por la escritura. Porque escribir no es imponer una forma a la materia vivida. La dramaturgia fluye en el torrente de lo inacabado, de lo que está por hacerse, de lo que todavía puede vivirse, en el siempre de la única vez, de cada vez, de la escena. La escritura es inseparable del devenir y sólo se deviene a lo que está por ser.

Fueron asombrosamente fecundos los largos años de su enfermedad, precisamente porque un escritor que persiste en crear no puede ser nunca un enfermo, sino que se convierte más bien en un médico, un médico de sí mismo y del mundo.

Por virtud de su testimonio, el teatro aparece ante nosotros como una relación poderosa de aquello en lo que realmente consiste la salud, no porque el escritor no padeciera de una gravísima enfermedad, sino porque gozaba de una irresistible y salutaria sabiduría que provenía de la grandeza de lo que había visto y oído, intensidad de vivencias cuya experiencia alienta pero consume. De aquel deslumbramiento de vida, el escritor regresa con los ojos enrojecidos y los tímpanos aturdidos. ¿Es esa salud que mata la que resulta necesaria para liberar la vida donde quiera que esté aprisionada?

La salud como escritura consiste en inventar un pueblo que falta. Víctor Hugo Rascón Banda escribió con su asombro sus recuerdos para hacer de ellos el origen y el destino de un México por venir, uno que pueda librarse de sus traiciones y negaciones.

Así, su dolor por México se convirtió en el afán incansable hasta la extenuación por la acción cultural en que reside la clave de una patria aún posible, nación que fuera justa y de todos los despojados y humillados, hasta

alcanzar la reunión de los diversos que aún aspiran al dulce nombre de mexicanos.

Sin saber cómo, de pronto me digo que el teatro de Víctor Hugo Rascón Banda es el evangelio del ángel necesario.

La expresión surgió de golpe al mirar en conjunto el deslumbrante testimonio de su pasión teatral. Poco a poco se vinieron agolpando los recuerdos. Imágenes entrañables de las aventuras teatrales que me ha sido regalado compartir con él.

Eran las vísperas del estreno de su obra *Ahora y en la hora*. La Dirección de Teatro de la UNAM urgía por la imagen emblemática que debía anunciar el espectáculo. Yo salía del ensayo que sucedía en la escenografía de un hospital ficticio, en cuyas salas y pasillos los personajes flotaban en el aliento suspendido que espera un veredicto. Llamé por teléfono al hospital real donde el autor de la obra libraba una batalla decisiva cuya victoria habría de contener un significado rotundo: sobrevivir será la plenitud de vivir para el teatro. Yo llamaba porque era él quien debía dar respuesta al requerimiento de la imagen de su obra.

Aquel proceso terrible y prodigioso nos había enseñado a trabajar juntos de un modo insólito. Hacer teatro es la forma más alta de la amistad humana.

En el cuarto del hospital, Víctor Hugo había dictado el texto del drama; ahí discutimos el dispositivo escenográfico de Philippe Amand; ahí decidimos el orden de las secuencias; ahí aprendí cómo es cierto que hacemos teatro para salvarnos y de qué elocuente manera todo elogio del teatro es elogio de la vida.

Esta vez llamaba al hospital, a causa de los apremios de la imprenta, sobre un asunto que yo presentaba que a él le concernía más que a mí. La persona que contestó el teléfono comenzaba a explicarme que no era el momento oportuno, cuando de pronto se interrumpió y entonces oí la voz de Víctor Hugo que interrogaba sobre el curso de los ensayos. Le pregunté a mi vez, si tenía prevista alguna idea o imagen que sirviera de emblema para anunciar su obra. Hizo una pausa y contestó directo:

—*Un ángel.*

Ángeles, de alguna manera, somos todos y con los ángeles tenemos que ver todos. La palabra griega *angeloi* quiere decir *mensajero*. Y todos los hombres somos siempre mensajeros, es decir, hombres entre hombres, intermediarios. Todos transmiten a los demás algo de lo que a su vez han sido informados. Algunos de esos mensajes

## La muerte del dramaturgo celebra el triunfo de su vida como pasión por la escritura.

son urgentes. El teatro de Víctor Hugo es necesario. En estas transmisiones angélicas se cifra todo el proceso de humanización. La cultura es esa conversación que nos sostiene.

La crisis de lo humano y de lo mexicano evocan la necesidad del teatro entre nosotros según lo describe la fábula antigua del ángel necesario. Aquel mensajero que porta el mensaje indispensable para cada persona, pero que no puede realizar su entrega si no es en la inminencia del instante presente de la comparecencia física.

El ángel del teatro testimonia el misterio en tanto que misterio y transmite lo invisible en tanto que invisible; por eso, la necesidad escénica del *aquí y ahora* en que anuncia su noticia siempre será el conflicto que va tramando el drama. La lucha con el ángel, esa íntima e instantánea metamorfosis de lo visible en lo invisible, será en el escenario el combate de la palabra que ha sido escrita para ser dicha y oída. Ahí, la figura del ángel dura el instante de esa escucha. Confiar el evangelio al ángel será confiar la sed de la palabra al teatro, como si el ángel, a su vez, confiara el destino de su secreto a la discreción del gesto humano, aquel fulgor que precede a la palabra sobre el escenario.

Semejante misión no puede ser inofensiva. La dramaturgia de Víctor Hugo Rascón Banda es siempre experimento. Su virtud consiste en indagar y perseguir la pista de esas sustancias peligrosas que subyacen ocultas detrás de la Historia Oficial, de los expedientes cerrados, las cosas juzgadas y la amnesia...

En la dramaturgia de estas sustancias explosivas, Víctor Hugo Rascón supo encontrar la tematización profunda de su época. En las escenas del drama estos asuntos son procesados, descompuestos, filtrados, recompuestos. Se organiza un experimento en torno a las preguntas: ¿qué es la realidad para aquéllos que siempre están callados y sufren en silencio el despojo y su vergüenza?

¿Qué es la vida para aquéllos que esconden el escándalo de su insignificancia o el horror de sus móviles?

¿Qué no es aún para nosotros esa realidad inefable que llamamos México?

¿Qué es lo que podríamos entender y qué es lo que nunca entenderemos?

¿Qué significa vivir en una época, en un mundo, en un país que ha dejado de ser interiormente sensible a la aberración, al latrocinio, a la violencia, a la esencia criminal del sistema y a la inevitable crueldad que se pertrecha en los rincones y a la vera de cualquier esquina?

Víctor Hugo Rascón Banda alcanza la grandeza que transforma la conciencia cuando los hacedores del teatro van tan lejos como los provoca este evangelio y cuando los mexicanos dejamos de avergonzarnos de nosotros mismos.

El testimonio de su vida es resplandeciente y nos confirma en el afán que nos consume: he aquí a un



Víctor Hugo Rascón Banda, Joaquín-Armando Chacón, José Fuentes Mares, Ignacio Solares, Carlos Montemayor y Sebastián en 1985



En 2003, en un homenaje a la memoria de José Fuentes Mares, con su viuda Emma

hombre pleno y fecundo, que supo vivir sus convicciones con tenacidad, que realizó cuanto pudo y pudo en la medida de una generosidad inagotable. Un hombre leal a sus ideas, que se atrevió a vivirlas con congruencia incuestionable, lleno de una alegría por la vida que sabía contagiar en la convivencia de los que se suman a la tarea del teatro.

Crítico lúcido de nuestras miserias políticas. Cómplice solidario de todas las causas del arte y la cultura.

Reconocemos aquí, en la hora de este adiós y desde el corazón de esta pena, el eco de intensas experiencias humanas que nos conmina a reunirnos en la gratitud, porque nos convoca a aproximarnos a la comprensión de una inminente trascendencia, de un legado apropiable y duradero de un sentido irrenunciable de la vida frente al arribo de una existencia al horizonte de las acciones perdurables: en efecto, ha muerto Víctor Hugo Rascón Banda, le sobrevive el teatro.

Texto leído en el homenaje luctuoso a Víctor Hugo Rascón Banda el primero de agosto de 2008 en el teatro Wilberto Cantón de la SOGEM.